

UNIVERSIDAD TECNICA
FEDERICO SANTA MARIA

GOETHE INSTITUT
VALPARAISO

UNIVERSIDAD CATOLICA
VALPARAISO

1964

"SOCIEDAD AMIGOS DE LA MUSICA DE VALPARAISO"

TEMPORADA DE CONCIERTOS
1964

ORQUESTA DE CAMARA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

CORO DE CAMARA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA

DIRECTOR: JUAN PABLO IZQUIERDO

SOLISTAS: CARMEN BARROS (Soprano)

LILLO BOETTICHER (Violín)

HERNAN WÜRTH (Tenor)

PAUL EBEL (Clavecín)

Programa

I Parte

PATRIMONIO UC

Il combattimento di Tancredi e Clorinda. C. Monteverdi
Tenor solista con acompañamiento de orquesta

Concierto para Violín y Orquesta en La Menor op. 3 N° 6..A. Vivaldi
Allegro
Largo
Presto

II Parte

Suite de la Opera "Dido y Eneas". H. Purcell
Soprano solista con acompañamiento de Coro y Orquesta

Sábado 3 de Octubre a las 19 horas

A U L A M A G N A U. S. M.

C L A U D I O M O N T E V E R D I

1567 - 1643

"El combate de Tancredo y Clorinda"

(Basado en el Canto 12 de la Jerusalén Libertada de Torcuato Tasso)

Tancredo creyendo que Clorinda es un hombre, quiere provocarla a duelo; va caminando detrás de ella hacia la cima del monte para encontrarla. La sigue impetuoso pero antes que llegue, oye ella el ruido de sus armas.

Vuelve el rostro Clorinda y grita al que la persigue: "¡Oh, tu que así vienes corriendo! ¿Qué te trae?" "La guerra y la muerte", responde el caballero. "Pues, tendrás una y otra"- replica ella - "Nunca me niego a darla a los que la buscan". Y se para aguardándole a pie firme.

Tancredo salta del caballo, pues ve que su enemigo no le teme, y empuñando cada cual el agudo acero, se precipitan el uno contra el otro, inflamados de orgullo y de despecho, cual dos toros celosos e irritados.

¡Oh noche que ocultaste en tu seno y sepultaste en el olvido un hecho tan grande, digno del claro sol, digno de un teatro lleno, donde sería tan memorable; permíteme que rasgue tu velo, que lo traslade a mas sereno día y que lo transmita a las generaciones futuras: viva su fama y luzca con su gloria la memoria de tus tinieblas.

Los dos guerreros no paran, no desvían los golpes, no acuden a la destreza: las sombras y el furor les vedan valerse de la astucia. Sus aceros chocan con violencia. Oye las espadas, sus pies permanecen siempre en el mismo sitio, mas no dan reposo a sus brazos ni disparan en vano ningún golpe.

La vergüenza provoca su venganza y esta renueva la vergüenza, excitando mas y mas cada vez y dando nuevo pábulo al combate. A cada instante se estrecha mas la lucha y cuando ya no alcanzan a obrar las espadas, se asestan rudos golpes con sus rudos pomos, oponiendo yelmo a yelmo a yelmo y escudo a escudo.

Tres veces con robusta mano, se ha apoderado de la guerrera, y otras tantas se desprende ella de los fuertes brazos, que no como amado la estrechan, si no cual enemigo. Vuelven a empuñar los aceros y los tienen de sangre, hasta que fatigados, se separan para reponerse.

Se miran el uno al otro, apoyando el peso de sus cuerpos exsangués en el pomo de sus espadas. Los primeros rayos del día, que asomaban en el oriente, eclipsaban el resplandor de las últimas estrellas, Tancredo se alegra, y lleno de orgullo al ver que apenas está herido y que la sangre de su rival riega el suelo. ¡Oh, loca mente humana que tan facilmente se envanece al primer soplo de la fortuna!. Infeliz, ¿de que te alegras? ¡Ah, tu triunfo será triste y terrible tus laureles; cada gota de aquella sangre te costará si vives, un torrente de lágrimas. De este modo los dos guerreros descansaron un poco mirándose en silencio. Tancredo lo rompió el primero para saber el nombre de su adversario:

"Es, por cierto, una desgracia que despleguemos tanto valor para que muera en el olvido; mas ya que nuestra suerte adversa nos niega los lauros y testimonios que merecen tales proezas, te suplico, si es que tienen las súplicas alguna fuerza en medio de los combates, que me reveles tu nombre y tu nacimiento, a fin de que yo sepa, vencedor o vencido, a quien debo mi muerte o mi victoria".

Responde la feroz guerrera: "En vano pides lo que no acostumbro a revelar. Sabe tan solo que tienes en tu presencia a uno de los dos que incendiaron la gran torre". Subió de punto a tales razones la indignación de Tancredo: "Vil descortés, tu respuesta y tu silencio me incitan más y más a la venganza".

De nuevo la cólera inflama su corazón y, aunque débiles renuevan el combate. El arte es dejado de lado; la fuerza ya no existe y solo el furor combate. Sus espadas abren sangrientas y espaciosas pueras en sus armaduras y en sus carnes y si conservan todavía la existencia, es solo porque el despecho le da aliento.

Más, por fin llegó el momento fatal en que debía llegar a su término la vida de Clorinda. Tancredo dirige la punta de su acero al blanco seno de la joven y penetra en él y bebe con avidez su sangre, tiñendo de encarnado el vestido tejido de oro que suave y tiernamente ceñía poco antes los senos. La guerrera se siente morir; sus débiles piernas ceden al peso del cuerpo. Mas Tancredo quiere completar su victoria; amenaza y estrecha a la virgen herida, la cual, al caer, pronuncia con voz apagada sus últimas palabras; palabras dictadas por el espíritu de la fe, de la caridad y de la esperanza, que puso en su corazón el Señor a quien fue rebelde en vida, y que al expirar la quiso por sierva: "Amigo, venciste; te perdono... perdona tu también, no a mi cuerpo que nada teme, si no a mi alma." Ruega por ella y dame el bautismo que debe lavarme de todos mis pecados". Resuena en aquellos lánguidos acentos un no se que de dulce y melancólico, que penetra en su corazón, apagan en Tancredo todo enojo y le hacen asomar las lágrimas a los ojos.

No lejos de aquel sitio en la falda del monte, manaba un murmurando un arroyuelo. Tancredo lleno en el su yelmo y volvió triste a cumplir su piadosa misión. Al descubrir la frente del desconocido, sintió que le temblaba la mano; la vió, la vió, la reconoció; se le anudó la voz en la garganta y quedó inmóvil. ¡ Ay ojos, ay conocimiento!.

No murió en aquel punto, porque puso todas sus fuerzas en cumplir aquel deseo, y ahogó en su pecho la desesperación; venció el dolor que le embargaba y se apresuró a dar vida inmortal por medio del agua a la que había muerto con su acero; mientras pronunciaba las sagradas palabras, sonriose Clorinda y pintose la alegría en su semblante; parecía que en el momento de morir, decía "el cielo se abre para mí, y yo vuelvo a él en paz".

H E N R Y P U R C E L L

Henry Purcell es el compositor inglés más célebre, nació en 1658 y murió en Westminster (Londres) en 1695. Segundo hijo de un miembro de la Chapel Royal, quedó huérfano a la edad de seis años. Como infante de coro de la misma capilla estudió música con Cooke, Humphrey y J. Blow; en 1680 fue organista de Westminster Abbey, y dos años más tarde de la Royal Chapel. Durante este tiempo compuso Anthems, himnos, salmos y un célebre Te Deum, y cantatas de circunstancias, llamadas Welcome songs. En 1683 fué compositor de la Corte hasta hacia 1685 y produjo la música para semióperas, en total 54 composiciones. En 1691 escribió su obra dramática más notable, King Arthur, con letra de Dryden. En los últimos años de su vida compuso un número considerable de obras escénicas, de modo que Purcell, por sí solo, dotó a Inglaterra de una ópera nacional. Después de su muerte, la ópera italiana detentó la hegemonía del género.

La ópera "Dido y Eneas" fue escrita y presentada por primera vez alrededor de 1689 en un colegio, para la cual estaba destinada. La ópera esta basada en el texto de la "Eneida" de Virgilio y relata la historia de Eneas cuando llega a la corte de Dido, reina de Cartago. Estando ambos profundamente enamorados, son víctimas de un engaño de los viejos representantes del destino, siendo Eneas forzado a abandonar Cartago inesperadamente.

Dido interpretando esta acción, cree haber sido abandonada y pone fin a su vida en el final de la ópera, con la famosa aria, "Remember me, but forget my fate". (Recuerdenme, pero olviden mi destino). En escena un Coro funebre pone fin a la obra.

= = = = =